

(BORJA y CASTELLS (1997)) "LOCAL Y GLOBAL: LAS CIUDADES EN LA ERA DE LA INFORMACIÓN"

y de servicios que acabamos de reseñar, conducen a una profunda transformación de la estructura espacial urbana. Sin embargo, los procesos tecnológicos y económicos que constituyen la base de la transformación se intrincan con la historia, la cultura y las instituciones de cada país, región y ciudad, produciendo una gran diversidad de modelos espaciales. Nos atrevemos sin embargo a reseñar algunos de dichos procesos como típicos de la nueva sociedad informacional. En particular, creemos que la constitución de las llamadas megaciudades, sobre todo en los países de nueva industrialización, constituyen el fenómeno urbano de mayor relevancia para el siglo XXI. Presentaremos pues los principales rasgos de dicho proceso, ejemplificándolos con el caso de la megaciudad en proceso de formación entre Hong Kong y Cantón, para luego examinar la variación histórico-geográfica del nuevo modelo de urbanización, considerando las tendencias actuales en las ciudades norteamericanas y en las ciudades europeas.

#### *La urbanización del tercer milenio: las megaciudades*

Las megaciudades son algo más que gigantescas aglomeraciones territoriales de seres humanos. Ciertamente, asistimos al proceso de formación de asentamiento humanos por encima de los 10 millones de personas (al menos 13 en 1992), y en un futuro próximo, por encima de los 20 millones de habitantes (al menos 4) (vid. tabla 2.1). Pero el tamaño no es lo que realmente define las megaciudades. Son, en realidad, los nodos de la economía global y de las naciones más poderosas. En su territorio concentran las funciones superiores de dirección, producción y gestión del planeta; los centros de poder político; el control de los medios de comunicación; la capacidad simbólica de creación y difusión de los mensajes dominantes. Tienen nombre, casi todos ellos distintos de la matriz cultural europeo-norteamericana todavía dominante: Tokio, São Paulo, Nueva York, Ciudad de México, Shanghai, Bombay, Los Ángeles,

TABLA 2.1. Aglomeraciones urbanas más importantes, 1992

Ranking	Aglomeración	País	Población (miles)
1	Tokio	Japón	25.772
2	São Paulo	Brasil	19.235
3	New York	Estados Unidos	16.158
4	México D.F.	México	15.276
5	Shanghai	China	14.053
6	Bombay	India	13.322
7	Los Ángeles	Estados Unidos	11.853
8	Buenos Aires	Argentina	11.753
9	Seúl	República de Corea	11.589
10	Beijing	China	11.433
11	Río de Janeiro	Brasil	11.257
12	Calcuta	India	11.106
13	Osaka	Japón	10.535

Fuente: Naciones Unidas, 1992

Buenos Aires, Seúl, Pekín, Río de Janeiro, Calcuta, Osaka, según la clasificación de Naciones Unidas para 1992. Pero a este club habría que añadir, a mediados de los noventa, Yakarta, Moscú, El Cairo, Nueva Delhi, Londres, París y, posiblemente, en relación con su *hinterland* subcontinental, Lagos, Dacca, Karachi y Tianjin. No todas son centros dominantes de la economía global: no lo son Lagos o Dacca, por ejemplo. Pero en todos los casos conectan a dicha economía global procesos y funciones que afectan a cientos de millones de personas. Las megaciudades deben ser definidas en términos de su poder gravitacional en relación con amplias regiones del mundo. Las megaciudades articulan la economía global, conectan las redes informacionales y concentran el poder mundial. Pero, al mismo tiempo, también son receptáculos de inmensos sectores de la población que luchan por sobrevivir. Las megaciudades concentran los mejor y lo peor de nuestras sociedades, desde los innovadores y los poderosos hasta los segmentos socialmente irrele-

vantes desde el punto de vista de la lógica implacable del sistema. Lo más significativo de las megaciudades es que están conectadas externamente a las redes globales, mientras que están internamente desconectadas a aquellos sectores de sus poblaciones locales considerados funcionalmente innecesarios o socialmente perturbadores: los «desechables» según la terminología usual en Bogotá. Proponemos la tesis de que esto es tan cierto de Nueva York como de México D.F. o Yakarta. Lo que hace de las megaciudades una nueva forma urbana es el hecho de constituirse en torno a su conexión en una red global, de la que son nodos fundamentales, al tiempo que están internamente segmentadas y desconectadas social y espacialmente. Las megaciudades son una forma espacial caracterizada por vínculos funcionales establecidos en un amplio territorio, al tiempo que muestran una gran discontinuidad en su patrón de ocupación del suelo. Sus jerarquías sociales y funcionales son confusas, organizadas en unidades territoriales segregadas y sembradas de fragmentos territoriales de usos sociales no reconocidos por el sistema. Las megaciudades con constelaciones territoriales discontinuas hechas de fragmentos espaciales, de parcelas funcionales y de segmentos sociales. Para ilustrar esta perspectiva analítica, el anexo 2.2 presenta con algún detalle una de las megaciudades potencialmente más importantes del siglo XXI, actualmente en proceso de formación: la megaciudad del Río de las Perlas, constituida por un sistema de relaciones funcionales en un vasto territorio en torno a los núcleos de Hong Kong, Shenzhen, Cantón, delta del Río de las Perlas, Macao y Zhuhai (Si, 1991; Hsing, 1995; Lo, 1994; Leung, 1993; Ling, 1995)

Las tendencias actuales apuntan hacia la formación de otra megaciudad asiática de dimensión humana y económica aún mayor que la del sur de China. En efecto, a principios del siglo XXI, el corredor Tokio-Yokohama-Nagoya, que ya constituye una unidad económica funcional, conectará con la constelación Kyoto-Osaka-Kobe, con la que ya posee fácil comunicación por tren de alta velocidad, creando la mayor macro-región metropolitana en la historia de la

humanidad, no solo en número de habitantes, sino en concentración de potencial económico y tecnológico.

A pesar de los problemas sociales, urbanos y medioambientales de la excesiva concentración urbana, las megaciudades crecen, y continuarán creciendo, a la vez en su dimensión y en su capacidad de atracción para la localización de funciones de alto nivel y para los grupos sociales más pudientes e instruidos. El sueño ecológico alternativo de un universo de pequeñas comunidades en la naturaleza, conectadas por medios electrónicos, quedara reducido a una pequeña élite californiana o, más significativamente, a la marginalidad social y funcional de las áreas rurales en todo el mundo. La era de la información es ya, y será cada vez más, la era de las megaciudades (Cole, y Cole, 1993; Messmacher, 1987; Chapman y Baker, eds., 1992; Kresl y Gappert, eds., 1995). Esto es así, principalmente, por las siguientes razones:

a) Las megaciudades son los centros de dinamismo económico, tecnológico y empresarial en sus países y en el sistema global. Son, en realidad, los motores del proceso de desarrollo. Sus países, empezando por Estados Unidos y China, dos sociedades dominadas por la ideología del paraíso comunal rural, dependen, esencialmente, de lo que hagan sus megaciudades (Kresl y Gappert, eds., 1995; Kvoik y So, eds., 1995).

b) Son los centros de innovación cultural, de creación de símbolos y de investigación científica, es decir, los procesos estratégicamente decisivos en la era de la información.

c) Son los centros del poder político, incluso en los casos en los que el gobierno reside en otras ciudades, por la fuerza ideológica y económica que representan.

d) Son los puntos de conexión del sistema mundial de comunicación. Por ejemplo, Internet, a pesar de su ubicuidad electrónica y su arquitectura flexible, no puede cortocircuitar las megaciudades y sus sistemas, porque depende de sistemas de telecomunicación estructurados en torno a las grandes metrópolis (por ejemplo, telepuertos y anillos difusores de fibra óptica), y porque depende, en su poten-

cia, de los sistemas de información y de los grupos sociales con alta educación concentrados en las megaciudades.

Ciertamente, hay que considerar algunos factores que disminuirán el ritmo de crecimiento demográfico de las megaciudades en el futuro. Entre otros, las políticas de control de nacimientos están funcionando al reducir la tasa de natalidad. Algunas políticas de desarrollo regional y de promoción de las ciudades medias pueden desviar parte de los flujos migratorios y descentralizar la actividad económica en base a mejores comunicaciones, como parece mostrar, en una primera observación, el caso de China en esta década (Hsing, 1995). También es posible, desgraciadamente, que la desintegración social, la violencia e incluso las epidemias que surgirán en las megaciudades, en caso de continuar el deterioro de sus actuales condiciones de existencia, las hagan menos atractivas como lugar de asentamiento. Sin embargo, a pesar de todo ello, las megaciudades crecerán aun más en dominación funcional, en poder social y en concentración de población y actividades, porque se autoalimentan, de forma acumulativa, con todo lo que de valioso tienen sus sociedades y el planeta en su conjunto. Por ser los nodos de conexión y gestión del sistema global, el futuro de la humanidad se está jugando en las megaciudades. Cualquier intento de rechazar lo inevitable, en lugar de adaptarlo a las necesidades sociales y de gestionar sus contradicciones y conflictos, conducirá a una distancia creciente entre la realidad de las ciudades y la teoría urbana. Nuestro futuro inmediato es la urbanización generalizada y la concentración de dicha urbanización en nodos estratégicos de gran dimensión humana y territorial que empezamos a conocer con el nombre, todavía confuso, de megaciudades.

Ahora bien, en la medida en que esta nueva realidad urbana ha sido generalmente asimilada a los procesos de urbanización de las áreas en vías de desarrollo, analizaremos la especificidad de los nuevos procesos de urbanización en las áreas desarrolladas de Norteamérica y Europa. En ambos casos, asistimos a procesos similares pero bajo patrones propios determinados por una historia urbana diferencial.

### *La difusión territorial de la nueva suburbanización norteamericana*

La Norteamérica de los noventa vive una nueva oleada de expansión territorial en su periferia urbana, en cierto modo imitada en otras áreas del mundo. El periodista Joel Garreau (1991) caracteriza la nueva forma espacial como *Edge City*, o «ciudad-orilla». En un popular libro sobre el tema, define la nueva forma espacial empíricamente por la combinación de cinco criterios: a) Un territorio en el que se concentran al menos 460.000 m<sup>2</sup> de oficinas, el lugar de trabajo de la era de la información. b) Concentra al menos 55.200 m<sup>2</sup> de espacio comercial. c) Tiene más puestos de trabajo que hogares residenciales. d) La gente percibe a este territorio como un lugar específico. e) No había en ese sitio nada parecido a una ciudad treinta años atrás. A continuación, documenta el impresionante desarrollo de este tipo de complejos territoriales en las periferias urbanas de Boston, New Jersey, Detroit, Atlanta, Phoenix, Texas, sur de California, San Francisco y Washington D. C. Cada una de estas unidades espaciales se extiende sobre decenas de kilómetros de edificios de oficinas, servicios comerciales y áreas residenciales cada vez más densas, todas de nueva planta, conectadas por una red de autopistas. Es una civilización de áreas de urbanización diseminada, en la que la vida se organiza en torno a una bipolaridad trabajo informatizado/hogar individualizado y dominado por la cultura audiovisual.

El desarrollo de estas constelaciones resalta la interdependencia funcional de diferentes unidades y procesos del sistema urbano a través de grandes distancias, minimizando el papel de la contigüidad territorial y maximizando la importancia de las redes de comunicaciones, tanto en línea telefónica como en transporte terrestre.

Este modelo de urbanización responde a la experiencia histórica y cultural norteamericana, caracterizada por un continuo intento de superar los problemas económicos, sociales y urbanos mediante la movilidad geográfica (Kunstler, 1993). Primero, mediante la emigración a Amé-

rica para escapar de las condiciones de los países de origen. Después, mediante la marcha hacia el Oeste y la colonización de un vasto continente. Más adelante, mediante el abandono de las ciudades centrales por las clases medias para construir una nueva civilización suburbana en torno al automóvil, la televisión y la propiedad de una casa unifamiliar subvencionada por el gobierno. Y ahora, mediante la superación de los suburbios constituidos, la desertización de las áreas rurales y la formación de estas «ciudades-orilla» a lo largo de ejes de autopistas sin otra orientación que lugares de trabajo igualmente dispersos, residencias individuales en paquetes densos, sin referencia urbana, y centros de servicios en nudos de intercambio de autopistas. No es el fin de la ciudad, porque Nueva York, San Francisco, y tantos otros centros urbanos de decenas de áreas metropolitanas continúan vibrando de actividad social, cultural, comercial y direccional. Pero sí asistimos a la separación de una proporción creciente de la población norteamericana (más de la mitad en estos momentos) de cualquier experiencia urbana en su cotidianidad. Los nuevos sistemas de comunicación tienden a concentrar actividades y dispersar población. El campo está quedando desierto. Y las ciudades existen y existirán, pero cada vez con menos habitantes. Es en la secuencia puntual de habitáculos suburbanos colgados de líneas de teléfono y autopistas internodales donde se constituye una nueva forma urbana, expresión de una tradición urbana norteamericana de *fuite en avant* en el espacio, pero futuro posible de las megaciudades emergentes en otras latitudes.

#### *La articulación de antiguas y nuevas formas urbanas en las ciudades europeas*

Los nuevos procesos de urbanización, resultantes de las tendencias profundas de globalización de la economía e informacionalización de las sociedades, se articulan a las formas espaciales existentes para producir la nueva estruc-

tura urbana que caracteriza nuestra época. Esta articulación se manifiesta de forma particularmente clara en las viejas ciudades europeas, en proceso de profunda reorganización funcional, cultural y espacial (Hall, 1995; Martinotti, 1993; Borja *et alia*, 1990; Siino, 1994). Varios procesos simultáneos caracterizan su transformación:

Los centros de negocios direccionales constituyen, al igual que en otras áreas, el motor que genera el desarrollo de las ciudades, al conectarlas con las redes económicas globales. El centro de negocios se constituye en torno a una infraestructura de comunicaciones, telecomunicaciones, servicios avanzados, edificios de oficinas, centros tecnológicos e instituciones educativas. A ello se añade, generalmente, un complejo de actividades hoteleras y orientadas al turismo y al tránsito por la ciudad. El centro direccional es también el nodo central de un sistema intermetropolitano e intrametropolitano (Dunford y Kafkalas, 1992; Robson, 1992; Tarr y Dupuy, 1988).

La nueva élite gerencial y tecnocrática que ocupa la cúspide del nuevo sistema crea sus espacios exclusivos, tal y como hizo la anterior élite burguesa. Pero como las clases profesionales de alto nivel son proporcionalmente mucho más numerosas, su presencia en el espacio urbano es más notoria, lo que acentúa por tanto los espacios de segregación social. En la mayor parte de las ciudades europeas (París, Bruselas, Roma, Madrid, Amsterdam) a diferencia de las ciudades norteamericanas, con excepción de Nueva York, las clases superiores habitan, en su mayoría, en la ciudad central del área metropolitana, en barrios distintivos, no siempre coincidentes con el mayor valor histórico o cultural de los espacios urbanos, pero sí con su nivel de conservación y equipamiento. Las ciudades inglesas presentan sin embargo un caso intermedio de segregación social, en la medida en que amplias áreas de la ciudad central, en particular en Londres, se han convertido en espacios comerciales y algunos segmentos de la élite han preferido el repliegue sobre una vida pseudorural, en aldeas históricas próximas a las grandes ciudades.

El mundo suburbano de las ciudades europeas es altamente diferenciado. En él se incluyen en particular las periferias de clase obrera y trabajadores de servicios en torno a los polígonos de viviendas públicas o subvencionadas construidos durante el periodo álgido del Estado del Bienestar urbano. Son también lugares de producción industrial, tanto tradicional como de nuevas tecnologías. Y en varios países (Francia, Suecia, Inglaterra) han sido estructurados en torno a «ciudades nuevas» habitadas generalmente por clases medias profesionales y núcleos de actividad de servicios descentralizados, frecuentemente públicos o parapúblicos. Sumándose a esa diversidad social y funcional, numerosos conjuntos habitacionales de vivienda pública en los suburbios han ido convirtiéndose en guetos de minorías étnicas inmigrantes (por ejemplo, La Courneuve de París), conforme sus primitivos ocupantes fueron encontrando mejores alternativas en el mercado privado de vivienda.

La mezcla de tiempos históricos y la superposición de funciones y culturas en un mismo espacio también caracterizan a las ciudades centrales de las principales ciudades europeas. En ellas se encuentran todavía barrios de clase obrera tradicional, sometidos al doble asalto de los grupos profesionales que buscan la proximidad al centro cultural urbano y de los grupos inmigrantes que buscan sobrepoblar un espacio deteriorado estratégicamente situado en la economía urbana informal (Belleville en París, Les Marolles en Bruselas o el Barri Gòtic en Barcelona son ejemplos de esta doble dinámica hacia la revalidación o devolución de un espacio tradicional). Pero también las contraculturas jóvenes han hecho de los centros urbanos, y en particular de sus sectores menos atractivos para las élites, el espacio de su sociabilidad, como muestra la dinámica urbana de Berlín, Amsterdam o Copenhague. En fin, también las ciudades centrales europeas han formado guetos étnicos, algunos de ellos en situación de marginalidad, como Tower Hamlets o Huckney, en Londres; otros, como La Goutte d'Or de París, residencia de trabajadores de origen árabe, con familia y, generalmente, empleo, pero sometidos a una fuerte pre-

sión social como resultado de un proceso acelerado de deterioro de su espacio físico.

Finalmente, es una paradoja que sea precisamente en las calles de los lugares de sociabilidad y esparcimiento, adyacentes a los centros de negocios y hoteles internacionales de las ciudades europeas, donde prolifere la marginalidad, tanto social como cultural, precisamente porque sólo siendo espacialmente visibles pueden los excluidos sobrevivir a su exclusión.

El nuevo paisaje urbano europeo está hecho pues de una superposición de procesos socio-económicos y tiempos históricos que trabajan sobre un espacio construido, destruido y reconstruido en oleadas sucesivas de transformación urbana. Lo que la globalización produce específicamente es la aceleración de ese proceso continuo de reestructuración urbana en función de demandas y objetivos cada vez más externos a la sociedad local. De modo que los centros urbanos van convirtiéndose en conectores con lo global, las ciudades centrales en espacios de la reestructuración permanente y las periferias suburbanas en zonas de repliegue de los distintos grupos sociales y actividades económicas, ya sea por segregación o por delimitación espacial de su ámbito de existencia. En último término, las ciudades europeas mantienen la fachada de una historia urbana culturalmente enraizada, pero cada vez más habitada por flujos globales de capital y por élites cosmopolitas dependientes de Internet. Y es tal vez en sus suburbios metropolitanos, social y funcionalmente diversificados, donde se genera la nueva sociedad local que se articula globalmente a través del espacio reconstituido de la ciudad histórica.

#### ¿HACIA LA CIUDAD DUAL?

En nuestro primer capítulo hemos señalado que el nuevo modelo tecno-económico se caracteriza simultáneamente por su gran dinamismo productivo y por su carácter excluyente de amplios sectores sociales y territorios. En cierto

modo, dicha dicotomía se expresa territorialmente a escala planetaria. Por ejemplo, el África subsahariana, con la importante excepción de Sudáfrica, parece cada vez más excluida de los circuitos dominantes económicos y tecnológicos del sistema mundial. Pero el modelo excluyente también se manifiesta mediante procesos acumulativos de desigualdad regional, por ejemplo, entre el sudeste y el nordeste de Brasil, o entre Cataluña y Extremadura en España (Cuadrado Roura *et alia*, eds., 1994). Sin embargo, el aspecto relativamente nuevo es que los procesos de exclusión social más profundos se manifiestan en una dualidad intrametropolitana, particularmente en las grandes ciudades de casi todos los países, siendo así que en distintos espacios del mismo sistema metropolitano existen, sin articularse y a veces sin verse, las funciones más valorizadas y las más degradadas, los grupos sociales productores de información y detentadores de riqueza en contraste con los grupos sociales excluidos y las personas en condición de marginación. Dichos procesos existen en casi todas las grandes ciudades, porque su lógica está inscrita en el nuevo modelo de desarrollo tecno-económico. Pero sus efectos pueden ser amortiguados, y de hecho lo son en muchos casos, por políticas sociales y urbanas integradoras. Sin embargo, para diseñar dichas políticas hay que empezar por reconocer el fenómeno de la creciente duplicación intrametropolitana que se produce con distinta importancia cuantitativa, en diversos contextos.

Para ilustrar este análisis nos referiremos a varias ciudades del norte y del sur del planeta, algunas de cuyos casos presentamos en los anexos al final del capítulo (*vid.* São Paulo y Madrid).

Es importante señalar, en el análisis de la dualidad intrametropolitana, que en el proceso se mezclan al menos cuatro procesos de naturaleza diferente: a) La crisis de vivienda y servicios urbanos que afecta, en la mayoría de sociedades en vías de desarrollo, a una alta proporción de la proporción urbana, incluyendo sectores con empleo fijo e ingresos medios: la ciudad informal no es la ciudad marginal. b) La

persistente y creciente desigualdad social en las grandes ciudades, de Londres o Madrid a São Paulo o México. c) La pobreza urbana que afecta a una buena parte de la población, por las condiciones generales del país, como es el caso de la mayoría de ciudades africanas. d) Los fenómenos de exclusión social propiamente dicha, es decir, la reducción de importantes segmentos de la sociedad metropolitana, a condiciones de supervivencia, con escaso interés económico, social y político para la lógica dominante del sistema social.

Nueva York, probablemente la capital económica mundial en términos del asentamiento de las élites capitalistas, es una ciudad profundamente dualizada, como estableció el programa de investigación sobre el tema dirigido por John Mollenkopf y Manuel Castells en 1987-1990 (Mollenkopf y Castells, eds., 1991). Lo significativo es que la duplicación se acentuó precisamente en los años ochenta, durante el período álgido de la prosperidad financiera e inmobiliaria de la ciudad, en particular en Manhattan. Buena parte del proceso se debe a la transformación ocupacional: se perdieron entre 1977 y 1987 unos 140.000 empleos industriales, mientras que se crearon 342.000 empleos en servicios avanzados de distinto nivel. Profesionales y técnicos pasaron a representar un 31 por ciento de la población activa, mientras que aumentaban de forma similar los trabajadores poco cualificados de servicios. Más aún, lo significativo, en términos de la polarización social, fue la exclusión de la fuerza de trabajo de una proporción creciente de los jóvenes de sectores pobres, la gran mayoría negros e hispanicos. Un 37 por ciento de los escolares de secundaria abandonan la escuela sin terminar sus estudios, por lo que tienen graves dificultades para encontrar empleo estable posteriormente. Como consecuencia de este hecho, la tasa de actividad de la población de Nueva York se sitúa 10 puntos por debajo de la media nacional. Pero dichos jóvenes, así como una gran masa de inmigración ilegal, no permanecen inactivos: pasan a engrosar la fuerza de trabajo de la economía informal y, en muchos casos, de la economía criminal, en torno a

la droga, que es uno de los mecanismos esenciales de la economía y sociedad neoyorquinas. Más aún, Saskia Sassen ha mostrado cómo el nuevo modelo de consumo del amplio estrato de profesionales en la cúspide de la estructura social es complementario de una fuerza de trabajo informal, en la medida en que ha sustituido el modelo de consumo intensivo en capital típico del suburbio —el hogar electro-mecánico— por el modelo de consumo urbano de élite intensivo en trabajo —servicio doméstico, cuidadoras de niños, restaurantes y bares, seguridad, servicios personales— (Sassen, 1988). De ahí que una parte de los socialmente excluidos sean reintegrados en el sistema de forma ocasional, pero siempre mantenidos en circuitos de trabajo temporal y con escasas perspectivas de movilidad social (Sassen, 1991b). El geógrafo Richard Harris (1991) ha mostrado empíricamente la expresión espacial de esta duplicación social en Nueva York. Tras realizar un detallado estudio de la segregación espacial por grupos sociales durante los años ochenta, concluyó: «La reestructuración de la economía de Nueva York en los últimos 30 años ha creado mayor desigualdad social. El contraste entre los barrios ricos y pobres se ha hecho mayor. Distintas zonas del área metropolitana han sido afectadas de forma diversa, y el centro de la ciudad es el que ha sufrido mayor transformación. La pérdida de la industria ha afectado más a la periferia, mientras que el crecimiento de oficinas se ha concentrado en Manhattan. La geografía cambiante del empleo ha configurado la geografía social emergente del área metropolitana. Zonas importantes de Manhattan se han «aburguesado» (*gentrified*), mientras que la mayoría de los barrios periféricos han experimentado un declive social. El resultado de este proceso es un nuevo patrón de contrastes acentuados entre Manhattan, los barrios periféricos y las áreas suburbanas. [...] Muchas clases de trabajo informal se han desarrollado para responder a las necesidades locales. En el South Bronx, trabajo informal quiere decir supervivencia. En el Soho quiere decir un estilo de vida de moda. En las nuevas comunidades étnicas dispersas por la ciudad, la informalidad es el modo en que

la gente construye un hogar lejos de lo que fue su hogar. La vida en Long Island o en Fairfield County (como en muchos suburbios norteamericanos) depende en buena medida del trabajo doméstico no pagado. Pero Manhattan, con sus rascacielos de apartamentos y condominios está diseñado, más que cualquier otra ciudad del continente, sobre la base exclusiva del trabajo pagado. Así, los hogares y lugares de trabajo de Nueva York constituyen una compleja geografía que encarna las polaridades de clase, sexo, etnia y raza.» (Harris, 1988, p. 34.) Así pues, la dualización urbana de Nueva York no responde a la distinción simplista entre ricos y pobres, ni se limita al contraste de imágenes entre las limosinas de lujo y las personas sin casa tumbadas en las aceras. Más fundamentalmente, representa una estructura social urbana que existe sobre la base de la interacción entre polos opuestos e igualmente dinámicos de la nueva economía informacional, cuya lógica de desarrollo polariza la sociedad, segmenta grupos sociales, aísla culturas y segrega los usos de un espacio metropolitano compartido por diferentes funciones, clases y grupos étnicos.

La dualización social urbana caracteriza también las ciudades de los países pobres y tiene igualmente su origen en la segmentación del mercado de trabajo, especificado por edad, sexo y educación. Así, un documentado análisis estadístico de la estructura social y el mercado de trabajo de Ouagadougou, realizado en 1992 (Lachaud, 1994), muestra que un 25 por ciento de la población activa está en paro, la mayoría de los que trabajan lo hacen en un empleo irregular y un 58 por ciento viven en situación de pobreza, medida con los estándares relativos a la media de Burkina Fasso. Existe una relación estrecha entre situación laboral y pobreza, así como entre el nivel de educación y la obtención de un empleo regular. Aún más significativo es que el 60 por ciento de los trabajadores asalariados consiguen su empleo mediante la intervención de un amigo o miembro del mismo grupo étnico, lo cual atribuye un peso decisivo al control de la Administración pública (la principal institución poseedora de recursos) por grupos étnicos. Asimismo,

ción de Lima que vive bajo el límite de pobreza se incrementó del 26 por ciento en 1980 al 78 por ciento en 1993. Según sus cálculos, los salarios mensuales promedio en Lima en 1994 oscilaban entre 7.800 dólares para los ejecutivos líderes, 2.500 para los ejecutivos medios, 700 dólares para los empleados de oficina, 300 dólares para los obreros industriales y 60 dólares para el salario mínimo, percibido por más de la mitad de la población. Por ello concluyen que «observamos el reforzamiento de la duplicación en el mundo del trabajo en torno a las organizaciones del sector moderno, tanto público como privado, con calificaciones mejoradas a partir de niveles más altos de educación profesional y técnica. [...] (Al mismo tiempo) la gente tendrá que seguir creando sus puestos de trabajo en actividades de subsistencia» (p. 43). Esta dualidad ocupacional y social se manifiesta en el espacio urbano. Las barriadas de Lima, que se constituyeron en décadas de invasiones de terrenos urbanos, se han consolidado y están densificándose y sobrepoblándose en la periferia, en un proceso de «tugurización» de las barriadas periféricas, particularmente visible en «Villa El Salvador», la que fuera bautizada hace 20 años por la ideología populista del régimen militar como «la primera ciudad autogestionada de América Latina». Las redes de solidaridad y los grupos religiosos son los principales mecanismos de supervivencia para unas áreas urbanas en condiciones de higiene y hábitat cada vez más precarias, en las que vive la mayoría de la población metropolitana del nodo más reciente de la red global de concentración y gestión de la riqueza. La ciudad global y la ciudad informacional son también la ciudad dual.

#### CONCLUSIÓN: EL ESPACIO DE LOS FLUJOS Y EL ESPACIO DE LOS LUGARES

La transformación de nuestras sociedades por los procesos de globalización e informacionalización tiene una dimensión espacial, cuyas manifestaciones empíricas en distintos

contextos hemos analizado en este capítulo. Pero, más profundamente, lo que dicha transformación representa es la constitución de una nueva lógica espacial característica de los nuevos procesos de acumulación del capital, de organización de la producción, de integración de los mercados, de comunicación de los mensajes y de ejercicio del poder planetario. Podemos proponer la idea de que esa lógica espacial se caracteriza por la dominación del espacio de los flujos, estructurado en circuitos electrónicos que ligan entre sí, globalmente, nodos estratégicos de producción y gestión (Castells, 1996). Pero dicha lógica no es la única forma espacial en nuestras sociedades, sino la dominante. Frente a ella, sigue existiendo, como fue la regla a lo largo de la historia, el espacio de los lugares, como forma territorial de organización de la cotidianidad y la experiencia de la gran mayoría de los seres humanos. Pero mientras el espacio de los flujos está globalmente integrado, el espacio de los lugares está localmente fragmentado. Uno de los mecanismos esenciales de dominación en nuestro tiempo histórico es el predominio del espacio de los flujos sobre el espacio de los lugares, que da lugar a dos universos distintos en los que se fragmentan, diluyen y naturalizan las tradicionales relaciones de explotación. Las ciudades sólo podrán ser recuperadas por sus ciudadanos en la medida en que reconstruyan, de abajo a arriba, la nueva relación histórica entre función y significado mediante la articulación entre lo local y lo global.